



Los tejados distinguen el paisaje del centro histórico urbano. /Foto: Internet

Una joya monumental

Desde hace 42 años el centro histórico urbano de Sancti Spiritus ostenta la condición de Monumento Nacional

Lisandra Gómez Guerra

A 30 metros sobre la tierra se despliega ante la vista un mar rojo. De un lado, se ahoga en las aguas turbias del Yayabo; del otro, se hace infinito en cada recodo del barrio de Jesús María y al mirar hacia el parque Serafín Sánchez Valdivia se diluye entre edificios y placas. Es una imagen que embelesa a quienes suben los 86 escalones de la torre campanario de la Iglesia Parroquial Mayor, donde emerge como en ningún otro sitio el paisaje de tejados más hermoso que nos regala la cuarta villa de Cuba.

“Son nuestra gran joya”, sentencia María Antonieta Jiménez Margolles (Ñeñeca), historiadora de la ciudad de Sancti Spiritus.

Precisamente, esos techos antiquísimos desperdigados por el centro de la urbe que hoy conocemos y que han robado la inspiración muchas veces de Antonio Díaz, el pintor de la ciudad, puntuaron para que el 10 de octubre de 1978 se reconociera al centro histórico de Sancti Spiritus como Monumento Nacional.

Así consta en la Resolución 3/1978, amparada en la Ley No. 2 de 1977 de los Monumentos Nacionales y Locales, donde se explica que tal condición se otorga “a todo sitio que merezca ser conservado por su valor histórico, artístico, ambiental y natural o social para una localidad determinada”.

Se dio respaldo entonces a siglos de existencia en desigual lucha contra los fenómenos meteorológicos y la acción indiscriminada de los seres humanos.

“Esa selección se centró en las primeras villas de la isla, a fin de protegerlas”, sostiene Roberto Vitloch, director de la Oficina del Historiador y Conservador (OHC) de Sancti Spiritus.

Él es otro centinela fiel de todo cuanto ocurre tierra adentro, en esos espacios semicerrados que se entorpecen y dejan al desnudo una fachada del siglo XIX, una ventana neoclásica o una alternativa más moderna. Recuerda con precisión cuando en un primer momento de aquella declaratoria salieron a la calle a semejanza de Indiana Jones para inventariar cada valor que hizo posible el reconocimiento.

“Luego se conformó un expediente del testimonio de lo señalado en ese momento. De esa forma pudimos publicar los valores patrimoniales y, más tarde, avanzamos en las metodologías para que no perdieran su vitalidad, con el apoyo del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología y el Consejo Nacional de Patrimonio”, rememora.

Mas, todo ese quehacer ha encontrado el último escaño de un trayecto no exento de dificultades, sobre todo al tropezar con incomprensiones que en determinados momentos les han restado importancia o prioridad a las labores de conservación y restauración del patrimonio.

“Formamos parte de la Red de Oficinas del Historiador y del Conservador del país. Nuestra misión es laborar en la comunidad y con ella como protagonista, a partir de la inserción de modelos de gestión novedosos que garanticen el desarrollo integral. Un actuar que trasciende los perímetros de lo que hoy conocemos como centro histórico y que, igualmente, son áreas con una impronta y valor como la Avenida de los Mártires y los paseos Camilo Cienfuegos y Jesús Menéndez”, refiere.

Y es que Roberto Vitloch y su colectivo ya han echado a volar varios de sus sueños, aunque un tanto moderados por la presencia de la COVID-19.

“Un paso muy certero en cuanto a la preservación de esos valores fueron los resultados de la campaña del aniversario 500 de la ciudad. Se tomó muy en serio y con una voluntad política más integral y fuerte todo el programa de conservación”, acota.

Aunque el trabajo sistemático y coherente es la clave para que con el paso del tiempo no se borren las joyas de nuestro pasado, resulta primordial ganar en cultura patrimonial como herramienta vital para deterrar violaciones y laceraciones a nuestro entorno.

“Lamentablemente, cuando las personas quieren transformar algún inmueble no acuden a la OHC, donde siempre encontrarán alternativas. Si se hiciera no se destruirían los techos con valor, los murales y aleros. Esas agresiones se han sostenido durante años entre los vecinos que por desconocimiento destruyen el tesoro que resguardan”, reflexiona Ñeñeca.

Con la perseverancia que le caracteriza, esta reyoja espirituana deja escapar siempre uno de sus grandes anhelos: “Tenemos que ser capaces de conservar adecuadamente lo que somos”, insiste. Y su deseo es, sin duda, compartido por muchos otros coterráneos.

Vitloch, ¿será muy descabellado soñar con “vender” Sancti Spiritus como una ciudad paisaje?

“No, pero exige de un trabajo sostenido y de todos para que su imagen sea el producto económico que la sostenga y, al unísono, permita reproducir acciones que conserven sus raíces, sin impedir su inevitable evolución”.

Entrenados para combatir la COVID-19

La EIDE Lino Salabarría y la Academia de Remos se suman a la batalla espirituana contra la enfermedad

Debido al rebrote inusitado de la COVID-19 en Sancti Spiritus, dos centros deportivos del territorio han cambiado de manera total su indumentaria y su rutina: la EIDE Lino Salabarría y la Academia de Remos.

En cuestión de días, sus locales se acondicionaron para recibir, sobre todo, a contactos de casos positivos al nuevo coronavirus, lo cual impuso extremar el cronómetro de la protección y aprender en poco tiempo un protocolo que con la actividad atlética solo guarda relación en cuanto a la necesidad de disciplina y entrega para el logro de un objetivo.

Así lo asumió Roiman Figueredo, director de la EIDE, desde hace unos días, cuando recibió a los primeros 57 aislados procedentes de Yaguajay. La escuela reabrió desde el pasado 3 de octubre para un personal que nada tiene que ver con los cerca de 900 alumnos-atletas que acoge y hasta el miércoles sumaban 65 ingresos, cinco de Cabaiguán y el resto de Sancti Spiritus.

“Ha sido una experiencia bonita, pese a los riesgos que se corren, aunque la escuela ha adoptado todas las medidas. Toda vez que una parte del centro se reparó en este curso, no hubo que hacer muchas adecuaciones y lo que hicimos fue crear las condiciones en el bloque de los albergues del 7 al 9, que fue objeto de remodelación, y habilitar el resto de las áreas en función de la tarea”.

Como se sabe, la EIDE espirituana bien pudiera hacer un doctorado en la atención a personal no deportivo, pues por años ha sido el centro principal de evacuados en caso de hu-

racanes, intensas lluvias u otros fenómenos.

“Esto es totalmente distinto —explica el directivo—. Además de la protección a ellos, hay que velar por que los trabajadores que apoyan también lo hagan; nos entrenamos con los especialistas de Salud, que antes de abrirnos capacitaron y lo han seguido haciendo. El consejo de dirección está aquí todo el tiempo, hemos hecho equipos de trabajo para que roten y se encarguen de la limpieza interior y exterior del centro. La alimentación es la que normalmente tienen nuestros muchachos y se elabora bien”.

En constante vigilia está la doctora Idalis Marín Valle, al frente de la atención médica del centro de aislamiento, que cuenta con cuatro médicos, cuatro enfermeras y dos estudiantes de Ciencias Médicas en coordinación con la Unión de Jóvenes Comunistas: “Aquí están por 14 días y después van para un centro de aislamiento, las condiciones son buenas, cogimos el área de la enfermería para que este personal tuviera las condiciones para el trabajo y otro cuarto para el descanso y que a la vez se puedan cumplir los protocolos. Es un trabajo duro y el cuidado es extremo, mucho más porque hay personal no médico, el esfuerzo es enorme”.

Situada en las afueras de la ciudad, la Academia de Remos se presenta como sitio ideal para el aislamiento, más porque en tiempos normales acoge a atletas de alto rendimiento. Por eso Wenceslao Borroto, el director, ha debido aprender sobre la marcha en una labor que asume por primera vez.

“El centro tiene 30 capacidades, pero en un inicio tuvimos que asimilar hasta 32 porque se trataba de familias enteras; después con las altas disminuimos a la mitad. Al ser un centro de alto rendimiento, las condiciones en general son buenas, aunque hemos tenido que solucionar problemas con los herrajes de los baños y aún queda por hacer. La alimentación es buena, aunque la variabilidad tiene sus más y sus menos. Los trabajadores, pese a que no están en la línea roja, apoyan en todas las tareas, uno ha cambiado su rutina y hasta el movimiento dentro del centro porque todo está delimitado, aprendimos con el personal médico que tenemos; es difícil porque es algo no previsto, pero lo enfrentamos”.

Por unos días, Jorge Luis Morell, director del Inder en el municipio de Sancti Spiritus, ha cambiado de lugar su oficina para irse al frente de las brigadas que apoyan el trabajo en la Academia, pese a sus dos infartos y sus 58 años: “Desde el 12 de septiembre nos vinculamos a esta labor, hicimos cuatro brigadas, tres de los combinados Julio Antonio Mella y Mártires de Barbados, y otra propiamente de la dirección. Allí laboramos en la limpieza, el avituallamiento, en todo cuanto haga falta. Sabemos que es un riesgo, aunque se tomen las medidas, pero cuando uno ve por la televisión tanta gente que está haciendo cosas, dice: nosotros también ponemos nuestro grano de arena, lo más lindo es la gratitud de la gente que está allí y nos siente cerca y sabe que lo hacemos voluntariamente”.



La EIDE Lino Salabarría acoge a pacientes en aislamiento desde el pasado 3 de octubre, con los requisitos establecidos para evitar el contagio. /Foto: Vicente Brito